

X

ECOS DEL DESERTOR  
INFLIJIDO CON EL CASTIGO  
DE LA  
FLAJELACION.

—  
ESCRITO  
POR UNA  
HIJA DEL "CHOQUEYAPU."  
RELACION ORIJINAL.



LA PAZ:

Imp. de la Union Americana—de César Sevilla,

1872.

344.731.4:344.141(84)

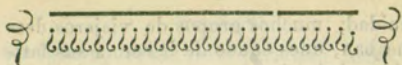
Desercion y castigos



LA PAZ

Imp. de la Union Americana - de César Sevilla

1872



## EL SOLDADO DESERTOR.

Hacia la parte oriental de la cadena de los Andes, se ven hermosas montañas vestidas de un verde eterno y cubiertas desde sus cimas, hasta sus bases de frondosos árboles o de preciosos matorrales, formando paisajes distintos segun las quebradas mas o ménos estrechas, creadas al parecer por las rápidas corrientes que se precipitan de los mas elevados peñascos.

En esos lugares no se conoce el árbol despojado de sus hojas por el crudo invierno; el verano, la primavera y el otoño reinan sin separacion, ostentando mezclados, el tallo que recién brota, la flor que con sus pétalos de distintos colores deleita a la vista, y embalsama el aire con sus perfumes; la fruta sazónada que convida a gustar su jugo a sus felices moradores, y a mil distintas y hermosas aves. Todo hace creer que uno se encuentra en el paraíso terrenal, donde fué creado el primer hombre. A estos recintos excepcionales de la tierra llamamos YUNGAS: encanto del poeta; y delicias de los hijos del Choqueyapu, que con frecuencia lo visitan.

A principios del año..... pero no importa el año, porque en cada uno de ellos se presentan hechos que horrorizan la hu-

manidad; muchos grupos de viajeros descansaban, unos dando de beber a sus fatigadas cabalgaduras, otros comían y algunos estaban tendidos sobre la arena a orillas del río. Entre estos, se veía un hombre de aspecto cadavérico, al parecer consumido por una larga enfermedad; al vernos se dirigió donde estábamos, sus miradas nos dieron a conocer que deseaba pedir algo con que satisfacer el hambre que lo devoraba, inmediatamente sacamos una bebida confortante y se la presentamos; nos dió las gracias, se sentó a nuestro lado y con voz tímida nos dijo: "En todas partes se encuentran hombres que se apiadan y compadecen de la humanidad aflijida, así como hai otros que se complacen en hacerla sufrir. Yo soi, una de aquellas víctimas, que la crueldad de mis semejantes me ha puesto en el estado que me ven." Sorprendidos al oír un lenguaje tan claro en un hombre que demostraba ser vulgar, nos llamó la atención y le rogamos para que nos contase su triste historia, a lo que condescendió sin dificultad y lo hizo en estos términos:

"Nací en la Ciudad de La Paz de padres pobres y honrados. En mis primeros años procuraron darme una educación esmerada; pero mi suerte fatal hizo que perdiera a mi padre, estando aun niño; mi desventurada madre no tenía con que vivir y aliviar mis pequeñas necesidades; dejé mis estudios y entré a un taller de carpintería para poderla mantener. Cuando contaba 18 años de edad, desgraciadamente hubo una leva general en todo el Departamento. Mi madre por hacerme huir, y conociendo mi carác-

ter industrialo me instó para que fuese al Oriente de la República, donde se encontraban para el trabajador mas garantías individuales. Empeñé mi viaje y en ménos de un mes, me hallé en la Ciudad de Santa-Cruz, en la que estuve contento; porque encontré ocupacion en sus inmediaciones. El patron que llegué a tener elaboraba el azúcar, y como supe ganarle la voluntad en poco tiempo me colocó de su dependiente. Hice mi corto capital y aspiré a ser comerciante.

Habia pasado cuatro años en que yo iba y volvía de Cochabamba a Santa-Cruz — siempre con buen éxito. En uno de mis viajes creí ganar mucho, si pasaba a mi país halagándome demasiado la idea de ver a mi madre, a los amigos de mi infancia y a otras personas que me vieron abandonar el hogar de mis padres, y la tierra que alimentó mi juventud desde sus primeros dias. La Divina Providencia en qué posición distinta me regresaba; estas protecciones visibles eran mi placer cotidiano, y causaba contento lleno de las mas lisonjeras esperanzas de un porvenir de felicidades. — Cuando impensadamente ¡oh! se nos presentaron, a mí y a mis compañeros de viaje una cuadrilla de ladrones, quienes amenazaron quitarnos la vida; como éramos en ménos número que ellos, tuvimos que rendirnos y dejarles el botin a los valientes del desierto.

Nos robaron todo, quedamos desnudos, pero nuestras personas libres, (el bien mas grande que en el mundo haber pudiera). — Este acontecimiento nos sucedió a las 60 leguas de Santa-Cruz, y en tal desastre to-

mamos la resolucian de regresar a la Ciudad de nuestra adopcion. Cuando no habíamos caminado ni una jornada, nos vimos rodeados de jente armada: creimos que venían en persecucion de los bandidos que el dia anterior nos habian dejado a la buena ventura; ¡pero cuál fué nuestro desengaño! cuando uno de los Jefes mandó que nos escojieran a los mas robustos y bien formados; que el Jeneral Melgarejo deseaba tener una lucida escolta de cruceños: a tales palabras les contestamos que fuesen en persecucion de unos malhechores beduinos que nos habian descaminado el dia anterior y que nosotros éramos jente de trabajo.— No se nos creyó, y el nombre de vagos era lo único que se repetía. Yo fuí uno de los escojidos, les dije que no era cruceño, pero nada se escuchó.

¡Era ya soldado! lo que tanto habia aborrecido, y por lo que tantos sacrificios hice. Qué pensamientos tan distintos se cruzaban en mi imaginacion; volvía a mi país, mas de qué modo? me decía a mí mismo: ¿tendré que obedecer y matar? ¿tendré que despedazar a mis hermanos con el cruel castigo que ni nombrarlo se puede sin rubor? Cuántas veces me determiné decirle a mi capitan que sabia leer y escribir y que aun algo habia estudiado; pero otras tantas me detuve al pensar que viéndome en una clase superior talvez perdería mis sentimientos humanitarios, y sería algun dia el verdugo de mis semejantes; me resignaba entónces con la idea de fugarme siempre que pudiese.

Llegamos a La Paz y nos calocaron de riferos de Melgarejo. Demostraba estar

contento por descuidar y lograr escaparme: así lo verifiqué una noche que me tocó estar de centinela en el palacio [nombre que le dan mis paisanos republicanos a la casa de gobierno.]

Salí del palacio con terror pánico como huye el criminal mirando por todas partes las sombras de la víctima que le persigue: cual si ya le agarrasen. Pronto estuve fuera de la Ciudad en un campo y me puse a caminar toda la noche sin rumbo alguno. Amaneció, y ví que estaba en la cima de una cordillera, pregunté a un caminante dónde me encontraba y me respondió: en la cordillera de Unduavi, camino real a los pueblos de Yúngas. Fué grande mi contento al ver que el miedo no me había hecho sentir el *sorojche*, y que la Providencia me llevaba con acierto, para conducirme por los rios hasta mi querido Sauta-Cruz.

Trastorné todo el grande espacio de la cordillera, caminé todo el dia bajando con mil dificultades esa inmensa montaña. El sol aquella tarde se me presentó triste y sombrío, apareciendo por detrás una negra y amenazante nube. Al entrar la noche se entoldaron los cielos, y una inmensa lluvia acompañada de relámpagos y truenos hizo correr a torrentes el agua en aquellos precipicios, me puse debajo de una peña, que figuraba una cueva, allí estuve hasta que se disiparon las aguas y apareció el nuevo y radiante dia.

Volví a continuar mi viaje, y los primeros objetos que se me presentaron fueron unos soldados con su capitan que volvían a La Paz, despues de haber recorrido la pro-

vincia de Yúngas buscando desertores, que no habian encontrado: hiciéronme alto, y fué grande el contento del conductor de aquella jente al ver que tenían cumplida su mision; reconocido que fuí, me ataron las manos con un grueso cordon y tomándome de los cabellos me hicieron trepar la cordillera.

Llegamos a La Paz a media noche. Yo estaba desfallecido con el largo viaje a pié; mis brazos paralizados por las fuertes ligaduras; mi espíritu conturbado con mil imágenes y pensamientos horrosos de morir destrozado con un castigo el mas cruel que la barbarie supo inventar. Amaneció y fuí conducido al lugar del suplicio.....”

No pudo proseguir mas y se echó a llorar cual un niño.

Todos estâbamos consternados, y entónces recordamos que una mañana ántes de salir el sol oimos tocar una entusiasta música por las bandas del Ejército: creímos que festejaban el Carnaval; porque era víspera de tan alegre día; mas fué grande nuestra sorpresa, cuando pasada una hora de aquel delicioso concierto; vimos bajar de la plazuela de la Caja del Agua, dos hombres casi muertos con el horrible castigo de la flajelacion. Desde entónces para nosotros en vez de causarnos la música militar una alegre sorpresa al despertar de nuestro sueño, nos estremece y llena de terror al contemplar, que hasta lo que deleita al oído para unos, sirve de tormento para el desgraciado condenado a recibir ese fatal castigo. ¡Oh! música, invencion admirable, tus acordes, tus dulces trinos solo debian servir para elevar el corazon al cielo, o pa-



ra olvidarnos que estamos en este mundo de miserias: pero el hombre todo lo trastorna para degradar vil y cruelmente a sus semejantes.

Despuès de un rato de silencio prosiguió su narracion:

"Llegué con pena a la plazuela; donde se hallaba formado un cuadro, me tendieron sobre la dura tierra, cuatro hombres me sujetaban de los brazos y piés y otro estaba sentado sobre mi cabeza; ocho soldados estaban destinados para la ejecucion con largas correas o látigos que debian despedazar mis carnes, y el cirujano a mi lado para darles aviso si todavía tenia pulsacion. Yo estaba desnudo. ¡Oh! degradacion ¡oh! vergüenza ¡oh! crueldad cometida en la civilizacion del siglo XIX! al considerar no puedo contenerme. Mil palos tenía que sufrir, a los quinientos perdí el sentido y no me acuerdo mas.....; pero, por lo que me avisaron despues, prosiguió, me habian dejado por muerto y unos hombres caritativos conduciéndome al hospital me habian depositado en una desmantelada covacha, en la q' volví a mi razon al dia siguiente, con una fiebre tan fuerte que no me entendía, además los dolores que tenía en todo mi cuerpo eran insufribles; pues, todo él era una viva llaga; mis verdugos todavía me volvieron a poner bajo la vijilancia de los centinelas; mas estando aun destrozado de esa manera por apartarme de esas hienas, una noche noté que uno de ellos se descuidaba y bajé de mi pobre covacha: hice un esfuerzo para caminar con las manos y me escapé; estuve algunos dias en un rancho q' está a orillas del rio, en los

bajos del mismo hospital, despues de un mes de estar oculto volvi a emprender mi viaje por la misma cordillera de Unduavi y con el mismo objeto que ántes de ir por los rios, al Oriente. Unas personas caritativas que habitan estas inmediaciones se han compadecido de mi situacion y me han atajado, hasta que pueda sanar completamente; pero por no serles gravoso salgo sobre el camino, y cuando veo que son personas que pueden socorrerme me asomo hácia ellos como ha sucedido en la actualidad.”

Calló, y nos despedimos del desgraciado desertor, despues de un pequeño socorro que le dimos, y caminamos todo ese dia fijándonos en los espesos bosques que se nos presentaban a la vista, pensando que estaban habitados por tantos tigres y otros animales feroces que devoran a los hombres; pero que habian en la sociedad hombres que son peores que aquellos.

A vosotros padres conscriptos de la patria, os dedico esta simple relacion tan natural como me la ha narrado el mismo desgraciado q' ha sufrido el horrible castigo de palos; movida solamente de un sentimiento de compasion hácia esa parte desgraciada de la humanidad; para que en nuestra sociedad jamás se repitan semejantes castigos, y como verdaderos padres hagais cumplir las resoluciones que habeis dado a este respecto, me he atrevido a tomar la pluma, por lo tanto dispensad las faltas que encontrareis en esta sencilla relacion.

La Paz, Octubre 1.º de 1872.

*Una hija del Choqueyapu.*